

Viaje á América

Embarque en Burdeos con destino á Alvarado.

En el mes de Abril de 1825, me embarqué en Burdeos, con destino á Alvarado, puerto de Méjico, en un bergantin de nueva construccion, sumamente elegante y muy velero, mandado por un capitan holandes, gran marino, y de muy finas condiciones. Ademas de quince marineros que tenia de dotacion, el capitan y Piloto, íbamos de pasajeros un comerciante establecido en San Tomas, tres jóvenes que le acompañaban, mi primo y yo. Con tan escaso número de pasajeros, nos hallábamos perfectamente alojados, alimentados y asistidos.

A los seis dias pasamos á la vista del Pico de Teyde en la gran canaria.

A los pocos entramos en el golfo de las Damas, y en los vientos aliseos, disfrutando una temperatura deliciosa; comiendo todos los dias en buena mesa colocada sobre cubierta y bajo de un toldo magnifico. Todos los dias comiamos pan fresco, cocido en horno de fierro que llevaba el barco y agua deliciosa que habia en sus algibes ó grandes depósitos de zinc. Al medio dia nos la enfriaban con nieve, y rico vino de Burdeos. Teniamos buen cocinero y nos servian excelentés comidas. Con veinte carneros y gran número de gallinas que se habian embarcado á bordo, tuvimos todos los dias carne fresca hasta nuestro arribo á San Tomas, que llegamos á los quince de nuestra navegacion.

Anclamos en el puerto y desembarcaron los cuatro pasajeros. Yo desembarqué tambien con el capitan y compré frutas tropicales y doscientos cigarros que se llamaban habanos.

El capitán y el dispensero, compraron carne fresca, algún pescado y doce carneros vivos, y á la hora volvimos al Barco, que zarpó inmediatamente y nos hicimos á la vela con el hermoso viento, que era el mismo que nos principió á la entrada del Golfo de las Damas.

Para con-llevar la vida monótona de la navegacion, desde que pasamos á la altura de las islas canarias, establecí mi plan de vida; levantarme temprano, y acostarme por la noche también temprano. Durante el día, en la Cámara estudiaba en los libros de comercio, escritos por mi profesor el Judío, y repasaba mis cuadernos de contabilidad y partida doble, haciendo ejercicios y comparaciones; de esta manera los días se me hacían instantes, y cuando me cansaba de estudio tan árido, cogía un libro de historia y subía á leer sobre cubierta. De cuando en cuando, miraba la hermosura de la mar, algunos buques que encontrábamos, las islas y las yerbas y fragmentos de maderas y cañas que aparecían. Además las bandadas de pájaros que aparecían de cuando en cuando, que demostraban no estar lejana la tierra, lo mismo que esperanzó á Cristóbal Colón, cuando se halló en aquellas alturas, en los primeros descubrimientos de América.

Llegamos á la línea de los trópicos, y aquel día fué un día de fiesta para los marineros, que nos bautizaron á todos los que por la primera vez pasábamos la línea. No éramos más que tres en la embarcación. Un marinero vestido de Dios Neptuno, con su tridente en la mano, ordenaba á sus ministros, que bautizaban á los neófitos y con sendos cubos de agua salada, nos pusieron hechos una sopa; función pesada y desagradable, pero que es preciso sufrirla con paciencia y sin enfadarse. Yo bajé á la cámara, me mudé de pies á cabeza, y me encerré en mi camarote, hasta que pasó la tempestad, que siempre duró una hora. Mandó pararla (*sic*) el capitán, regalando á la tripulación algunas botellas de vino, fiambres, pan fresco y queso de Holanda.

Continuaba el mismo viento y sin mudar aparejos ni tener que maniobrar la marinería, entramos á los pocos días en el Golfo de Méjico, y con igual viento en popa y mar en bonanza, llegamos á los veinte y cinco días de navegacion, es decir, á fines de Abril de 1825, á la embocadura del río de Alvarado, que se llama en idioma azteca ó el antiguo mejicano, río *Papaloapan*, que significa Río de las Mariposas. Hicimos una

navegación muy feliz. Inmediatamente se presentó una lancha con doce remeros vestidos de blanco y el práctico entró en el bergantín y tomando el timón, mandó la maniobra y pasamos felizmente la barra y entramos en el río, hasta el frente y próximo al puerto y la población de Alvarado. Vino á bordo el Capitán de Puerto, se enteró y examinó los pasaportes y el rol, y dió la orden que podíamos desembarcar desde luego.

El comerciante español D. Alejandro Troncoso, apoderado de mi tío en Alvarado, se presentó inmediatamente con su yerno Seco, de aquel comercio, á bordo del Bergantín y nos llevó á mi primo y á mí á la casa de Seco, que era muy reducida y nos cedió un cuartito sumamente pequeño para los dos. Alvarado era un pueblo de indios, tal como debía ser en tiempo de Hernán Cortés y el Emperador Moctezuma, cuando lo visitó por la primera vez el capitán Pedro Alvarado, cuyo nombre lleva desde entonces. Situado el pueblo en un arenal á orilla del río y sembrado de jacales, casas de cañas y tierra y alguna que otra de cal y canto, pero de pobre apariencia, sería una población de unos cuatrocientos habitantes en su mayor parte indios y mestizos. El comercio entero de Veracruz estaba reconcentrado en aquel punto tan reducido con motivo del asedio del castillo de San Juan de Ulúa, que le ocupaban todavía los españoles.

Esto hacía que Alvarado encerrase por aquel tiempo de doce á catorce mil almas, la mayor parte extranjeros, como ingleses, franceses, alemanes, italianos y muchos anglo-americanos, sin contar los españoles y blancos criollos dedicados al comercio. Los comerciantes acaudalados, tanto españoles como extranjeros, se apoderaron de las mejores casas de la población, y los de mediana fortuna, de los jacales y casucos de paja, á precios fabulosos; y así y todo la mayor parte de las gentes vivían bajo tiendas de campaña, ó en barracones de tabla que se iban fabricando á toda prisa con la tablazón que conducían por cargamentos de la Nueva Orleans, y casas de madera que traían los barcos de los Estados Unidos, ya numeradas, y se armaban en aquellas playas.

Las muchas conductas de plata que entraban semanalmente en aquel punto de tierra adentro, para embarcarlas á Europa, se depositaban en un terreno ancho que llamaban plaza, formando paredes con los cajones á manera de materiales de

piedra de cantería reunida para la construcción de grandes edificios. Tantas riquezas, que llegaban á muchos millones de pesos, estaban abandonadas y sin guardia, y no hubo ejemplar de la sustracción de un solo cajón, en medio de una población sin policía, que abrigaba en su seno tanto aventurero de todas las naciones.

Mi primera diligencia, el día siguiente de mi arribo, fué presentarme en casa de los respectivos consignatarios ó apoderados de los comerciantes españoles de Burdeos, que habían embarcado sus mercancías en el bergantín que me había conducido y entregarles las respectivas facturas, para que con arreglo á ellas, hacer su desembarco y entregas. Me armé de un gran sombrero de paja, y con un libro de memorias y un lápiz, presencié con los interesados todo el desembarque que concluimos en ocho días. Yo tenía por separado mi ancha particular, por valor de tres mil duros, que consistía en relojes de bolsillo, para hombres y mujeres, de la última moda. Los introduje por alto, en diferentes viajes que hice á bordo, y los vendí tan bien, que me dejaron de líquida ganancia mil duros.

Recogí los resguardos de los consignatarios de todos los cargamentos que entregué, como sobrecargo del buque, y reunidos todos los comerciantes me dieron mil pesos de gratificación.

La situación de Alvarado era muy triste en aquella estación. El vómito negro se había desplegado con toda su fuerza al tiempo de mi llegada y hacia grandes estragos en la población extranjera, y sobre todo en los mejicanos de tierra adentro que venían á Alvarado, y en la arriería. Morían diariamente cien personas, y se notó una cosa muy particularmente, que atacaba también á los naturales del mismo país, ejemplo que nunca se había conocido y que hizo sospechar que aquella era una peste, como las asiáticas. Apesar de que los extranjeros veían diesmarse, ninguno se ausentaba de la población, pudiendo más en ellos la codicia del interés, que la conservación de la vida. Se miraba con indiferencia aquella enfermedad, y no se hacía caso de tanta mortandad. Yo era uno de los tantos extranjeros que no tenía la menor aprensión, y estaba aferrado en permanecer en aquella mansión de la muerte.

Troncoso nos había alquilado dos barracones de tabla, que

sirvieron de almacenes: en el uno, colocamos el cargamento de vino, y en el otro, la sedería y abarrotes. El almacén de vino se puso á mi cuidado; y el de la sedería y demás géneros corrió á cargo de mi primo. El tercer almacén de los géneros de China, que mi tío había remesado de Acapulco, lo tenía Troncoso.

Mi primo y yo, comíamos y dormíamos en el miserable tapujo, á donde nos llevó el yerno de Troncoso el día que desembarcamos. Era un horno por la noche y los muchos mosquitos que había hacía imposible dormir en toda la noche. Yo me ocostaba desnudo enteramente, es decir, como mi madre me parió, resguardado de un mosquitero de seda, y en un catre de tijera, sin colchón. A mi primo se le antojó en una de las noches abrir la ventana única que tenía el cuarto, por la parte del mar, y daba al Norte, para aliviarse del calor y libertarse de las mosquitos. Este repentino tránsito del excesivo calor al frío me pasmó, y por la mañana me levanté con un gran dolor de cabeza y con un terrible ardor en los intestinos.

Acostumbraba poner todas las noches una jarra de agua al sereno, en un corral que había en la casita, y fui á ella y eché una porción de buen cremor tártaro que llevé de Francia, y después de haberlo meneado perfectamente, me lo eché al colete, cogí mi sombrero de paja y me encaminé al cementerio y me pasé en él como media hora trabando conversación con uno de los sepultureros, sobre el mucho trabajo que tenía hacia un mes, en sepultar tanto cadáver y le dije que yo me había sentido también malo aquella noche. Me respondió el sepulturero: “Vaya su merced á su casa, porque está atacado del mal.” “¿En que lo conoces tú?” «En la cara que se ha poniendo amoratada y las orejas encarnadas. Vuesa merced está atacado del vómito, y debe limpiar lo antes posible el estómago.» Le di una peseta para beber el chinguirito, y me despedí del sepulturero. Apenas salí del cementerio, me entró un gran desbarate de vientre y me coloqué debajo de una espesa mata y evacué en grande. Desde allí vi pasar al cementerio muchos cadáveres. Me puse en marcha para casa, que estaba cerca, y llevaba un calenturón y ardor en el vientre, que casi no podía ver y conocer lo que veía. Me tiré sobre el catre, y un negro que me servía, me desnudó. Hice que al instante cociese la corteza del palo *mulato*; echase

en el cocimiento un puñado de sal y un gran vaso de aceite, cuando el vrebage estuviese frio que trajese un botijo de agua salada del mar y lo uniese con el cocimiento del palo mulato y me diese dos lavativas. Las recibí perfectamente é hice dos grandes evacuaciones. Por la noche hice me administrasen otras dos lavativas, que surtieron el mismo efecto; y por la noche fuera de una media hora que tuve grandes dolores de vientre, toda ella la pasé tranquilo, con sudor suave, y el ardor del estómago iba cediendo poco á poco. A la una del día siguiente, me consideré salvado. Tenia muchas ganas de comer y la muger del negro asistente, me aconsejó tomase una taza de *atole*, que es el alimento que acostumbran dar á los enfermos cuando han pasado el vómito. Mandé preparar el *atole*, y tomé una taza de él, que me sentó perfectamente bien. En seguida hice que me dispusieran una jarra de pulpa de tamarindo, para mitigar el gran ardor del estómago, que es mucho más agradable que las limonadas y naranjadas, que surte mejor efecto. Lo tomé á todo pasto y desapareció el ardor del estómago y con el *atole* conseguí entrar en convalecencia. Me levanté de la cama y pasé los primeros dias sentado en un sillón, comiendo muy poco, porque por lo general se sabe que lo que conviene evitar despues del vómito, es la recaída, que siempre es mortal.

Comia poco, vevia agua y vino, me resguardé de los ardores del sol y de las humedades de la noche. Con este régimen riguroso, conseguí ponerme bueno, pero dije á mi patron el Sr. Seco que me hacia falta para el total restablecimiento, mudar de aires é ir una temporada á un pueblo frondoso. Seco fue del mismo parecer, y el pueblo que eligió fué Tlacotalpam, situado á unas cuatro leguas de Alvarado á la orilla del rio de las Mariposas, y que él me acompañaria y me dejaria en aquella Villa en compañía de un amigo suyo.

Nos embarcamos en una piragua entoldada en el rio Papaloapam, y en cinco ó seis horas llegamos á Tlacotalpam. Fuimos á la casa de un tendero español casado con una mestiza, de quien tenia una familia numerosa. Por la noche vino á visitarme el vicario del lugar, fraile capuchino español que hacia muchos años residia allí, y era querido del pueblo. Aquella noche se despidió de mí el Sr. Seco, que muy de mañana se volvió en la misma Piragua á Alvarado. Dormí en muy buena cama.

Por la mañana tomé una excelente jícara de chocolate y el patron con toda la familia me acompañó á oír la misa del señor vicario. Almorzamos y luego recorrimos el pueblo, que es bastante grande y como de indios, compuesto de casas aisladas, rodeadas de arboledas, platanares, naranjos y otros frutales, lo que forma la vista mas agradable que puede darse. Se conoce que en aquel pueblo no habia pobres de solemnidad y que cada vecino tenia un decente pasar, porque toda la gente estaba decentemente vestida y las casas ó jacales muy limpios. Habia contados españoles y criollos: todas las familias eran indias puras, y el patron me aseguró que aquel pueblo y otros del alrededor, estaban en el mismo estado que en tiempo de la conquista, exceptuando en el vestido ó traje que ahora usan.

Por la tarde paseaba con el vicario y dos indios de los principales caciques del pueblo, y tratábamos cuestiones sobre la raza india de aquellos pueblos; y los dos sugetos que hablaban el castellano decian que la generalidad de los habitantes no hablaban español y algunas familias conservaban el habla pura Azteca, como se hablaba en tiempo de Moctezuma. Que trasmitido por padres á hijos, se conservaba la tradicion de la venida y desembarco de Pedro de Alvarado y sus soldados y que el mismo barco subió rio arriba hasta Tlacotalpam y en él desembarcó el *tonatio* (el sol como le llamaban á Alvarado, por su hermosa figura,) y que permaneció algunos dias en aquella villa; particularidad de que no hacen mencion los historiadores y sobre todo Bernal Diaz del Castillo, que debió acompañar en esta expedicion del rio Papaloapam, á Pedro Alvarado su amigo. En uno de los paseos, pregunté á dos indios. «¿Qué cosa era la que mas agradecian los indios á los españoles, de cuantas habian llevado allí despues de la conquista?» Me respondieron: «La religion cristiana, los frailes, la vaca y el toro, las ovejas y cabras y sobre todo el *burro y los perros negros*, compañeros inseparables de todo indio.» Por la noche me llevaron de tertulia á la casa mas principal del pueblo, cuya hija mayor estaba casada con el capitan de navio español, el Sr. Topete, padre de Don Juan Bautista Topete, comandante hoy de la fragata «La Blanca, en el mar Pacífico».

Ocho dias permanecí en Tlacotalpam y con los aires puros del campo y los paseos que di con el vicario y los indios res-

tablecí completamente la salud, y advertí una cosa particular, que los mosquitos, no me picaban ya ni en la cama ni en el campo.

A los ocho días de mi permanencia en Tlacotalpam, me despedí de aquellas buenas gentes, y me embarqué en una de las piraguas que iban al mercado de Alvarado diariamente.

Como llegué de día y tenía el barracon ó almacén donde estaban depositadas las cajas de vino de Burdeos, mandé hacer un compartimiento con las mismas cajas, enfrente de la puerta de la entrada del almacén, y colocar mi catre y todos los chismes de mi menaje y todavía me sobraba sitio bastante para recibir mis visitas y colocar mi mesa y escritorio, y dejé á mi primo en el cuarto que ocupábamos, donde solamente iba á comer los primeros días.

El punto de Alvarado era sumamente caro, relativamente á la vida, menos el vestir. El ramo mas caro que habia, era el de la labadura de ropa, y el planchado; con decir que el lavado y planchado de una camisa, costaba medio duro, está dicho todo. Media docena de camisas de lienzo fino tenia sucias, con otra docena de camisas de lana. Hice lavar aquella ropa y guardarla en un cofre. Fui al martillo, donde habia inmensidad de ropa blanca de venta, y sobre todo de algodón, traídas á vender de los Estados Unidos. Habia una partida de camisas hechas de algodón y compre cien camisas á cuatro pesetas cada una. Las camisas de algodón son preferibles á las de lienzo, en países calientes; aquellas conservan caliente el sudor y las otras, ó las de lienzo, enfrian el sudor y habiendo aire, es causa de tercianas. Tenia necesidad de mudarme de camisa cuatro veces al día, y las que me quitaba las colgaba en un tendedero que fabrique al lado del barracon.

La venta del vino iba con bastante lentitud; como era de esquisita calidad, únicamente lo compraban por cajas los comerciantes ricos extranjeros y los cónsules.

La vida que llevaba yo en Alvarado era muy metódica, temeroso de recaer enfermo. Me levantaba muy temprano, me aseaba y me ponía á leer en la puerta del almacén, donde armé un tinglado con petates para resguardarme del sol.

Una de las mañanas que estaba entretenido en leer, como á las siete, se acercó á mi un mendigo muy andrajoso, de colosal estatura, mulato, que andaba con trabajo, sostenido

con un palo. Me pidió humildemente una limosna y le di un duro. Estaba de buen humor aquella mañana y desocupado, y le pregunté que tenia en la pierna, y me contestó que unas llagas de unas heridas *que habia recibido en campaña*; y que por la mucha necesidad que tenia de pedir limosna para mantenerse y la falta de quietud, no se curaba. Me llamó la atención su expresion «*de heridas recibidas en campaña*» y le pregunté si habia sido soldado, y de que país era. Me contestó que habia sido oficial realista en el Ejército de Costa firme, al mando del Jefe Boves, hasta que murió; y que era natural de los Llanos de Apure. Con semejante respuesta se despertó más y más mi curiosidad. Hice que se sentase en un banco que estaba á la puerta. Luego que se sentó advertí que era un zambo, de gallarda figura y como de treinta años.

Estaba lleno de miseria y con una cabellera sin peinar, hecho un oso. Le pregunté si habia almorzado, y me respondió que no. Que estaba acogido en un rancho á un cuarto de legua de Alvarado, y que unos rancheros mestizos por caridad le albergaban en una especie de cuadra. Entonces entré en el almacén y le saqué un pedazo de salchichon, un medio pan, queso y una botella de vino de Burdeos. Se puso á comer, como un mendigo hambriento, bebió dos vasos de vino, me besó la mano, se levantó para marcharse á su cuestacion y me dió las gracias por todo. Me compadeció el hombre y casi se me saltaron las lágrimas. Le mandé que se sentara de nuevo y le dije: «Supongo que usted no querrá engañarme, diciéndome lo que no es, y que estoy hablando con un hombre de bien. Si así es, voy á ocuparme en serle útil y remediar sus necesidades y curarle;» se levantó llorando y me dijo: «quiero que su merced se asegure de la verdad de cuanto le he dicho,» y descargándose de una mochila de cuero que llevaba al hombro, la abrió y de un emboltorio de papeles que tenia enrollados entre unos trapos, me sacó los despachos de subteniente y teniente de los lanceros de los Llanos de Apure, firmados por el Jefe Boves y el general Morales. Los lei con asombro y se los devolví, diciéndole; «basta, veo que usted es un hombre de bien y un valiente y desgraciado.»

Le pregunté si por el rancho donde estaba albergado pasaba algun rio ó arroyo; me respondió «que cerca de él pasaba un riachuelo.» «Pues bien, vuélvase al rancho, córtese ese pe-

lazo, lávese usted bien y quítese toda la miseria. Múdese usted de camisa limpia, que le daré, y de pantalon, y póngase una blusa que tambien le daré, y véngase aquí, aseado y le compraré lo que necesite.» Entré en el almacen y le saqué un par de pantalones de tertiz que hice en Gibraltar, muy amplios, le dí una camisa de las nuevas que compré y la blusa de lienzo que usaba en el almacen y una gran pastilla de jabon ingles. Me dejó su mochila y se marchó al rancho.

A las dos de la tarde volvió limpio y aseado, aunque siempre cojo. «Vamos, le dije, á cerrar el almacen é iremos al martillo.» Fuimos en efecto y al guarda-almacen hice que me enseñase las prendas de vestir que tenia. Se escogieron dos pantalones de dril, los mayores que habia, seis camisas de algodón, una blusa azul con su cintó, dos chalecos tambien de dril, seis pañuelos para el bolsillo, dos pares de zapatonés claveteados, y dos pares de sábanas gruesas de lienzo y cuatro fundas de almohadas. Pague la cuenta, que subia á unos veinte pesos. Se hizo un lio y lo llevamos al almacen, donde le dí un cajón vacío para que toda su ropa la colocase en él. En seguida fuimos á vernos con Seco, que me indicó un almacen donde encontraríamos catres y fundas para ellos. Compramos un catre y lo llevamos tambien al almacen.

Se llamaba el zambo Remigio Sanabria, su abuelo fué natural de la Puebla de Sanabria en España. «Lo primero que hay que hacer, le dije á Sanabria, es buscar local donde colocar de noche su cama.» «En ningun sitio mejor (dijo) que aquí fuera del barrancon, así serviré de centinela mientras duerma usted: arreglaré el tinglado de la puerta, y de noche servirá de dormitorio, y de día de sala para que esté al fresco y de recibimiento para recibir á las gentes, comprando media docena de sillas que he visto muy baratas.»

Salió por el pueblo, y al cuarto de hora, vino con un carpintero y las herramientas. Se pusieron á poner dos machones que sirviesen de columnas y unos atravesanos con listones y unas tablas, de cubierta, y sobre ellas un gran lienzo encerado para los días que lloviese. En menos de tres horas estaba arreglado el pabellón bajo la dirección de Sanabria, que era hombre ingenioso.

Yo fui á comer con mi primo, y le dije á Sanabria que podia ir por de pronto á comer al figón, de los muchos que habia, y asease mi cuarto en el almacen.

Era muy caro el vivir en Alvarado. Con el miserable cuartucho de casa de Seco, nos salia cada día á cuatro pesos cada uno. Le dije á mi primo que habia determinado comer en mi almacen de la comida de los figones, porque era imposible el gasto que haciamos. Convino conmigo, y que él habia pensado arrancharse tambien con amigos suyos de tierra adentro. Comimos aquel día en casa de Seco, y nos despedimos tan conformes.

A las cuatro me retiré á mi barracon, y encontré á la puerta á Sanabria, y apenas me vió se levanto y me recibió con el mayor afecto y respeto. Todo lo tenia listo y aseado. «Ahora es preciso, le dije, el mejor modo de arrancharnos, para verde comer barato y bien, porque me cuesta cuatro pesos diarios comer mal en la casa donde nos guisan.» «Eso habia pensado tambien, me repuso Sanabria, pero por cortedad, no me he atrevido á proponérselo á su merced; mas ahora que me ha hablado de ello, me voy á ocupar de todo.» Vino gente á verme, y se marchó Sanabria.

Volvió á las dos horas y me dijo: «he encontrado una pobre viuda que vive en un lindo jacal, cerca del barracon de su merced, con dos hijas y una criada, y se ocupan en coser ropa blanca y planchar para los comerciantes extranjeros y españoles, con lo que decentemente mantiene á la familia. La he preguntado si podia encargarse de componer la comida para un caballero español, y me ha respondido que con mil amores lo haria, porque ella habia sido guisandera de unos españoles en Veracruz.» Conforme á esta relacion, fui con Sanabria á ver el jacal, que estaba á cincuenta pasos de mi almacen, y entrados en él, toda la familia me recibió con agrado y me senté con ellos en la entrada, que era una salita sumamente aseada. Me dijo la ama: «el señor, señalando á Sanabria, me ha manifestado lo que usted desea. Yo puedo guisar á usted el almuerzo y la comida, pero es preciso que corra usted con la compra diaria á medida de su deseo y la mesa se la pondré á usted en una de las piezas inmediatas, que la tengo destinada para obra de la costura. Sólo que me hacen falta, platos, unas fuentes, vasos y unas cacerolas.» «Está muy bien, todo eso lo traerá el señor del Martillo. Vamos á ver el comedor:» entré con las mujeres en otra salita igualmente limpia, que me acomodó. En seguida la pregunté á el ama, que es lo que me llevaria al día por condimen-